

San Salvador: fugacidad de los momentos, perdurabilidad de los recuerdos

Lungo-Uclés, Mario

Mario Lungo Uclés: Arquitecto y cientista social salvadoreño. Catedrático universitario. Editor de la revista Estudios sociales centroamericanos. Autor de numerosos libros y artículos sobre problemáticas sociales y urbanas.

San Salvador, finales de abril de 1992

Geraldina:

Muchas veces te dije que San Salvador me parecía una ciudad con pocos rincones donde la poesía pueda hacer su nido. Quizá esta impresión de la ciudad, de sus barrios, de sus calles, tuviera que ver con las escasas construcciones antiguas, a pesar de que ya casi cumple 500 años, que los frecuentes y obstinados terremotos que ponen a bailar el valle en que ella descansa, han permitido permanecer en pie. Pero no, creo que la raíz de esta persistente visión es el invisible silencio que cubría las ruidosas expresiones de sus habitantes, allí donde la represión, el reino de lo prohibido, el terror de lo proscrito, hacían de San Salvador un mundo de expresiones más subterráneas que visibles, más subyacentes que manifiestas, sujetas a la disciplina de largas dictaduras militares.

Tú la conociste durante las primeras semanas de este promisorio año. Recuerdo la impresión que te causara el vuelo de cientos de pericos al atardecer yendo hacia el bosque que lleva su nombre. Recuerdo, aún más nítidamente, el asombro reflejado en tu rostro viendo cómo por primera vez, el 16 de enero, los muchachos del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) enarbolaban sus rojas banderas, indicio de que muchas cosas habían cambiado en el país.

Hoy deseo, en tu compañía, y a través de esta carta, repensar la visión que me ha acompañado desde mis iniciales vivencias en un barrio popular de San Salvador, y tratar de descubrir estos rincones donde la poesía se ha ido anidando a lo largo de estos años. Porque hoy, a pesar de este caos urbano que se vive cotidianamente, he llegado a la certidumbre de que ellos existen, que son muchos, y que allí se alberga

la memoria de las hermosas acciones que la lucha del pueblo ha realizado durante los últimos años.

Acompáñame pues, en algunos momentos de este recorrido.

1977-1980. Tiempo de luchas nuevas. La ciudad comienza a cambiar de rostro. De ser una típica ciudad latinoamericana, con su segregación social y espacial, sus «shopping centers» y sus tugurios, su modernidad y ancestrales rasgos, se fue convirtiendo, por esa época, en una ciudad en la que las murallas iban ocultando paulatinamente las fachadas de las mansiones, diseñadas para la distinción de sus propietarios, mientras el tradicional control social y político de los ciudadanos era cada día más acentuado, hasta el punto que sus noches se fueron vaciando de tríos y serenatas.

¿Qué había ocurrido? San Salvador se vio, en esos años, «invadida» por nuevos pobladores. Poco a poco llegaron los campesinos en forma masiva organizada, ya no individual y temerosamente como en épocas pasadas e búsqueda del casi imposible trabajo. Llegaron rompiendo el orden establecido y transformando la ciudad, con ojos deslumbrados por la riqueza nunca vista, con gestos huidizos, asustados por los nuevos ruidos y colores percibidos, pero con la conciencia clara. Poco a poco la ciudad se pobló de rincones de subversión de la injusta disciplina reinante.

De esos años, Geraldina, data la transformación del valor simbólico de la catedral de San Salvador y de otros edificios y espacios urbanos, por eso es que el lugar de las concentraciones populares se ha desplazado de la Plaza Libertad a la Plaza Cívica, enorme atrio de la catedral donde descansa el asesinado arzobispo Monseñor Romero.

En esos tiempos, también, la ciudad fue testigo de numerosas marchas masacres de los manifestantes que cambiaron el color de sus calles. Una de ellas, efectuada el 22 de enero de 1980, mostró la profundidad alcanzada por el desarrollo del movimiento popular. Quedó marcada en la historia de la ciudad por su doble dimensión: la amplitud de la participación popular y el nivel de la represión que dejara decenas de muertos y heridos. Pero también esta manifestación, en la que participaron cerca de 200.000 personas, señaló los límites de la lucha política pacífica y de las formas de la autodefensa que las masas habían creado. A partir de entonces, la milicia se convertiría en guerrilla, el fantasma de una insurrección nunca llegada rondó la ciudad y ésta se pobló de dolorosos silencios.

1983-1988. Tiempos de silencio y renacimiento. Pasaron casi tres años en que la ciudad pareció inmovilizarse. Pocas construcciones nuevas se veían debido a la guerra y a la crisis económica. Muchos de sus habitantes emigraron al extranjero. San Salvador comenzó a convertirse en un paso intermedio en el largo y arriesgado viaje hacia otros países, modificándose el sentido de los flujos migratorios que la cruzaban.

Pero poco a poco el movimiento popular resurge con nuevas modalidades de organización y lucha, con nuevos contenidos en sus reivindicaciones, recuperando el espacio urbano perdido mientras el eco de la guerra, que se profundiza en las áreas rurales, tan cercanas por la limitada dimensión territorial del país, es cada día más perceptible.

Y la actividad económica de la ciudad también cobra renovado impulso. Surge una multitud de nuevos establecimientos productivos y comerciales; la construcción comienza a vivir un dinamismo que presagia el auge que tendrá hacia finales de los años 80; y se estabiliza el valor de la moneda nacional frente al dólar. ¿Cómo explicarte estos cambios en medio de una guerra tan violenta? Por un lado la voluminosa ayuda militar y económica externa permite mantener la economía a flote. Por otro, extraña paradoja de la historia salvadoreña, los emigrantes, los que huyeron de la miseria y de la muerte, comienzan a enviar dólares a sus familiares que permanecen en el país mientras los grupos económicos más pudientes depositan sus capitales en los bancos del extranjero. Esto proporciona a la economía salvadoreña un inesperado aporte que permitirá su crecimiento y paliar, así sea parcialmente, los negativos efectos de la reestructuración de la economía y el Estado que se impone en el país en los años finales de la década anterior.

Los trabajadores salvadoreños que viven en Los Angeles, San Francisco, Washington y otras ciudades, y que suman casi el 20% del total de la población del país, se convierten así en los salvadoreños de un modelo en crisis.

San Salvador se va inundando de inéditas contradicciones mientras crece aceleradamente en medio de la dura guerra que el país continúa viviendo. La última moda norteamericana coincide con una miseria que espanta al más insensible, y llega a la ciudad un nuevo tipo de habitante: el humilde trabajador que vuelve con una capacidad de consumo incrementada sustancialmente, haciendo florecer el comercio capitalino, generando demanda de nuevas viviendas y, lo que es de crucial importancia, introduciendo modificaciones sustanciales en la cultura urbana cuyos efectos aún no han sido visualizados en toda su dimensión. Incluso los programas

de reconstrucción física de las áreas centrales de la ciudad, destruidas por el terremoto que la asolara (una vez más), en octubre de 1986, son aprovechados para impulsar la reactivación de la economía de la ciudad.

1989-1991. Tiempo de nuevas voces. Pero la guerra también llega, por primera vez en toda su profundidad, a la capital en noviembre de 1989 cuando el FMLN lanza una ofensiva que busca modificar las condiciones que impedían encontrar una solución política negociada al largo conflicto que duraba ya casi nueve años. Y son pocos, pero intensos días de combate que van a transformar la vida de los habitantes de la ciudad. Creo, Geraldina, que simultáneamente al sufrimiento y al dolor causados por la destrucción y la muerte, se adquirió conciencia de la magnitud del enfrentamiento hasta ese momento confinado al campo y algunas ciudades del interior del país, y se interiorizó la certeza de que la única solución era negociar una solución política al mismo.

Y San Salvador, en medio de su impetuoso crecimiento acelerado esta vez por la reconstrucción que provocara la ofensiva militar del FMLN, vuelve a ver sus calles inundadas por miles de manifestantes. Esta vez son, en su mayoría, sus propios habitantes, algunos de los cuales, como los empleados públicos, nunca habían reclamado públicamente sus derechos. Pero también comienzan a manifestarse los pobladores de los tugurios, las mujeres, los desplazados por la guerra, los familiares de los presos políticos, los cooperativistas del sector que creó la reforma agraria de 1980. Y plantean una demanda que desborda los problemas de la ciudad: la paz.

Nuevos rincones de la capital van llenándose de esta nueva exigencia en la discusión, cada día más abierta, de sus pobladores.

Las pintas en las paredes expresando esta exigencia y los comunicados en los periódicos acompañan a los versos de los poetas y los dibujos de los pintores en esta creciente demanda colectiva, en un proceso cada día menos reprimido, abiertamente permitido, pareciendo que el largo período de prohibición de las voces y opiniones ciudadanas estuviera llegando a su desaparición.

Plantean una demanda que desborda los problemas de la ciudad: la paz. Nuevos rincones de la capital van llenándose de esta nueva exigencia en la discusión, cada día más abierta, de sus pobladores

1992. Tiempo de paz. Cuando tú llegaste por primera vez a San Salvador a principios de este año, la atmósfera había cambiado radicalmente. Hacia finales del año

pasado, junto a la brisa que refresca sensiblemente la temperatura y despoja el cielo de la capital, junto a sus coloridos atardeceres, llegó el silencio de las armas y los habitantes de la ciudad, sin proponérselo, tuvieron tiempo para ver las transformaciones que ella había experimentado durante los 11 años de guerra en que la premura de la misma impedía tomarse el tiempo para la observación y la reflexión.

Y se encontraron con que había muchos más pobres que antes. Que el centro de la ciudad había cambiado de rostro en un proceso de deterioro casi indetenible. Que la centralidad de San Salvador se había vuelto difusa. ¿Cuál es el verdadero centro de la ciudad en este momento? podría preguntarse cualquier habitante de la misma. Hay varios centros, responderían los interrogados. Encontraron que existían nuevas colonias de desbordante riqueza; que el número de vehículos automotores se había multiplicado; que el servicio de transporte colectivo se había fragmentado en cientos de pequeñas unidades que recorrían la ciudad sin rutas aparentemente definidas, sin paraderos fijos; que el agua era más escasa y la energía eléctrica racionada a pesar de que el sabotaje por la guerra había terminado; vieron a miles de trabajadores y empresas que hacían de el mundo de la informalidad el sello dominante en el ámbito urbano.

Pero ante todo observaron que se había configurado una nueva estructura social urbana cuyos rasgos son aún de difícil definición pero que se expresa en las nuevas formas de organización social.

Y en este cambiante paisaje urbano el Estado, históricamente limitado a las funciones policíaco - represivas estaba aún más lejano de los problemas que enfrentaban los ciudadanos cotidianamente, mientras surgía una multitud de organizaciones en la sociedad civil dedicadas a atender los problemas de los más pobres. ¿Ante quién reivindicar sus derechos ciudadanos en este momento de transformación?

Llegó la paz y con ella tiempos nuevos para los habitantes de la capital del país. Tiempos de dudas y esperanzas. La incertidumbre que plantea el reto de ejecutar el novedoso conjunto de acuerdos de paz firmados entre el gobierno y el FMLN y que da fin a la guerra mientras los fusiles aún caminan por las calles de San Salvador.

La incertidumbre que provoca escuchar las retardatarias voces que claman por volver a la situación existente antes de los años 80 y se niegan a reconocer lo mucho que ha cambiado el país.

La esperanza que rodea el esfuerzo por construir la democracia que nunca ha existido plenamente en El Salvador y que debería conducir también a la construcción de una ciudad verdaderamente democrática, de una realmente nueva San Salvador.

En ese momento en que conociste por primera vez la ciudad de la que tantas veces te había hablado, y en la que te decía que había pocos rincones para el descanso de la poesía, comencé a dudar de mi antigua certeza.

Por eso he querido recorrer contigo, en un rapidísimo viaje, su historia reciente, y me he dado cuenta de su enorme, inasible y a ratos invisible riqueza. Quizás podría decirte que en San Salvador se conjugan la fugacidad de los eventos con la perdurabilidad de los recuerdos, mientras escucho las voces ecologistas que se levantan, con gran debilidad aún, para evitar la destrucción del bosque de los pericos, y que tú, todos nosotros, y los que vengan a conocer en el futuro nuestra caótica ciudad, puedan disfrutar de su ruidoso vuelo en el atardecer de los próximos veranos.